



Barcelona
Templo Expiatorio de la Sagrada Familia
Lunes, 7 de junio de 1926

Antonio Gaudí pasó el día encerrado en su estudio. Sobre un elevado tramo de peldaños de madera había instalado el taller de dibujo y el laboratorio de fotografía, dotados de un techo corredizo para que penetrara la luz natural. Junto a esta dependencia, otra habitación albergaba una maqueta de la Sagrada Familia a escala 1:10, y todavía en otra alcoba, colgados del techo, Gaudí almacenaba diversos modelos utilizados para otros tantos experimentos. Su colaborador y amigo, Lorenzo Matamala, definió con acierto aquel cementerio de ideas como una «cueva de reptiles».

La casa del parque Güell también se había convertido en un lugar siniestro tras las muertes de su padre Francisco y su sobrina Rosa Egea. Sólo dos hermanas carmelitas acudían un par de veces a la semana para lavarle la ropa y asear la vivienda. Su amigo el obispo Torres y Bages falleció en 1916, y dos años después le siguió su mecenas, Eusebio Güell. Sin familia

ni amigos íntimos sólo le preocupaba terminar su obra cumbre. La soledad y la distancia que separaba el parque Güell de la Sagrada Familia le decidieron a mudarse y durante el otoño de 1925 se instaló en el templo. Un reducido habitáculo, dotado de un catre de madera, le servía para dormir, y una misérrima cortina separaba su cama del resto de estancias. Hacía cuarenta y un años que el maestro arquitecto dedicaba su vida por entero a la Sagrada Familia, y sólo seis meses que vivía en el templo.

Llevaba muchas horas trabajando. Se acarició sus cabellos cortos y canos en un signo de fatiga. Cada día le costaba más trazar planos y dibujos porque sus manos, débiles y huesudas, sostenían con dificultad el lápiz a causa de la artritis. Había tenido un día muy agitado, pero finalmente su inquietud de años encontraba sosiego. Por fin había cumplido la promesa hecha a su padre, por fin el secreto Gaudí estaba a salvo: después de siglos había culminado la misión que el Señor había encomendado a los Gaudí.

La noche que su padre le confió el secreto, su vida dio un giro. Una noche oscura de 1894. Tenía cuarenta y dos años, y ahora lo recordaba como si acabara de suceder. A partir de entonces, muchas veces se descubría extasiado como un místico del Medievo, y sus ojos, de un azul claro, se llenaban del brillo intenso de las mentes alucinadas.

Su misión como arquitecto de Dios le obligaba a construir un templo para gloria del Señor, pero también a transformar la piedra bruta, el Caos, en la victoria del Creador, a convertir los bloques de piedra extraídos de la cantera de Montjuïc en una alabanza a Dios, al Orden Universal. El repicar constante de los martillos, cinceles y cortafríos de los operarios, que llegaba a su estudio como el eco de un murmullo lejano, se le antojaba un coro de ángeles. Golpe a golpe el templo tomaba forma. Había concluido la fachada del Nacimien-

to, y pronto la dotaría de una policromía, a semejanza de las antiguas iglesias románicas.

Completó el esbozo de una campana y dejó el lápiz sobre la cartulina. Llevaba meses estudiando el sonido y la forma de las ochenta y cuatro campanas que debían albergar las torres para que tañeran en una sola voz. Se mesó su barba blanca, se quitó el guardapolvos y alisó instintivamente su desaliñada ropa. Echó una última mirada a su mesa de trabajo como si olvidara algo. Sólo vio planos, croquis, bocetos de imágenes que componían escenas bíblicas, libros de arquitectura de su admirado Viollet-le-Duc... Respiró con fatiga y apagó la escasa luz de una lámpara de tulipa de cristal.

—Vicente —dijo Gaudí al despedirse de su ayudante—, mañana venga temprano que haremos cosas muy bonitas.

—¿Ya se marcha, maestro?

—Sí —respondió frotándose los ojos para librarse del escozor—. Por hoy es suficiente.

Caminaba lento, apoyado en su bastón para mantener el equilibrio como el funámbulo aferrado a su pértiga. Tenía setenta y tres años, y faltaba poco más de dos semanas para celebrar su septuagésimo cuarto aniversario. Salió del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia y se detuvo unos instantes para escuchar las sirenas que marcaban el final de una larga y dura jornada de trabajo en el barrio de Sant Martí de Provençals. Después ululó la sirena de la fábrica de cervezas Damm y sus casi mil trabajadores inundaron las calles.

Cada tarde, al concluir su trabajo, Gaudí efectuaba el mismo recorrido, unos tres kilómetros desde la Sagrada Familia a la iglesia de San Felipe Neri, para visitar a su consejero espiritual, el padre Agustín Mas. Se detenía unos minutos en el quiosco de prensa de la plaza de Urquinaona y compraba *La Veu de Catalunya*. Lo doblaba, lo pinzaba bajo la axila y continuaba su peregrinación hasta la iglesia. Ya de noche regresa-

ba a la Sagrada Familia para cenar dos torrijas untadas con miel y un puñado de uvas pasas. Sólo alteraba su monótona rutina para visitar al sacerdote José Pedragosa Monclús, que regentaba la llamada Casa de Familia, un refugio para delincuentes que tras cumplir condena abandonaban la cárcel Modelo de Barcelona. Gaudí dormía muchas noches en ese refugio, rodeado de ladrones, como Jesucristo en la cruz.

Ese día descendió por la calle Bailèn hasta el cruce de la Gran Vía de les Corts Catalanes. Miró el reloj. Las seis de la tarde. El centro de la avenida lo ocupaban los cuatro raíles de los tranvías. Cruzó la calle sin escuchar el estridente campanilleo del tranvía 30. Abstraído en sus pensamientos, en cómo solucionar la estructura de las campanas, prosiguió su marcha hacia el centro de la calzada. Cruzó la primera vía. El conductor del tranvía frenó. El chirriar de las ruedas metálicas sobre los raíles hizo reaccionar a Gaudí. Se echó hacia atrás para retroceder, pero el tranvía que circulaba en sentido opuesto lo arrolló. La fuerza del impacto lanzó el cuerpo del arquitecto contra un poste del tendido eléctrico. Gaudí cayó al suelo inerte. El conductor detuvo el vehículo. Se bajó e inspeccionó al moribundo sin reconocerlo. Le pareció un mendigo borracho. Hizo a un lado el cuerpo y continuó su trayecto. Gaudí sangraba por un oído. Un grupo de peatones acudieron a socorrerle. En cuatro ocasiones intentaron que un taxi le llevara al hospital, pero los chóferes se negaban, más preocupados por las manchas de sangre que dejaría en su tapicería que por la vida de aquel supuesto vagabundo borracho (posteriormente tres de los taxistas fueron sancionados por denegación de auxilio).

Por último, gracias a la colaboración de un guardia civil, un taxi, conducido por Ramón Cos, de la Compañía General de Coches y Automóviles, trasladó al herido al dispensario de la Ronda de Sant Pere. Los médicos le diagnosticaron rotura de costillas, conmoción cerebral y hemorragia interna en un

oído. La gravedad de las heridas aconsejó trasladarlo al hospital Clínico, pero los empleados de la ambulancia, a punto de finalizar su turno laboral, decidieron llevarle al vecino hospital de la Santa Cruz, en la calle del Carme. Al efectuar el ingreso nadie le reconoció. Se le asignó la cama número 19 de la sala pública, y el maestro agonizó durante toda la noche.

Pasadas las ocho de la tarde, el padre Gil Parés se alarmó al comprobar que Gaudí no había regresado al templo de la Sagrada Familia. Llamó al arquitecto Sugrañés e iniciaron la búsqueda por hospitales, clínicas y comisarías. Al recabar información en el dispensario de la Ronda de Sant Pere, uno de los facultativos dijo al padre Gil Parés que un vagabundo, cuya descripción encajaba, había sufrido un accidente de tráfico. Le registraron los bolsillos, pero no llevaba ningún tipo de documentación. Sólo una Biblia y un puñado de pasas y nueces. No podía tratarse del insigne arquitecto. Si hasta se sujetaba los calzones con imperdibles...

A falta de otra cosa, el padre Gil Parés decidió seguir la pista del vagabundo, y así encontró a Gaudí agonizante en la sala pública del hospital de la Santa Cruz. A la mañana siguiente, Gaudí recobró el sentido y solicitó que le administraran los Santos Sacramentos. Mientras tanto, la noticia de su accidente corrió como un reguero de pólvora por la ciudad. Sin perder un minuto, las autoridades municipales ordenaron trasladarle a una habitación privada de la sala de la Inmaculada y ponerle al cuidado personal de los doctores Homs, Thenchs y Bosch. Varios personajes de la vida pública y allegados, entre ellos los canónigos administrativos del hospital de la Santa Cruz, los doctores Auget y Vilaseca, el conde Güell, el arquitecto Martorell, la marquesa de Castelludosrius, el concejal señor Mariné, y representantes del Colegio de Arquitectos, el Orfeón Catalán y el Instituto de Cultura, acudieron al hospital. Gaudí permaneció en silencio. El dolor que le ocasionaban

las costillas rotas le impedía respirar con normalidad. Sólo musitaba: «Jesús, Dios mío», y aferraba con la mano un crucifijo. En la edición matutina del miércoles los periódicos informaron del trágico accidente. La gente no se creía lo ocurrido. Finalmente, el jueves 10 de junio de 1926, a las cinco de la tarde, Gaudí entregó su alma a Dios. Su cuerpo fue velado por los arquitectos Isidro Puig, César Martinell, Pelayo Martín, Ángel Truñó, y otros.

Parte de su legado histórico pereció dos semanas después de su muerte, a manos de las monjas carmelitas encargadas de su casa del parque Güell. Las hermanas vendieron a un trapeero todas sus pertenencias. El resto desapareció el 20 de julio de 1936. Ese día la cripta de la Sagrada Familia conoció la profanación de las hordas anticlericales, que respondían quemando conventos e iglesias a la insurrección fascista del general Franco. Los archivos y maquetas que se conservaban en la Sagrada Familia, junto con numerosos libros, planos, láminas, croquis y dibujos, ardieron hasta convertirse en cenizas.